

Guillermo Muñoz Medina

# La generación literaria de 1900 y Augusto G. Thomson

(Recuerdos íntimos)

---

## PALABRAS PRELIMINARES

Entre los homenajes que he recibido en Chile por mi regreso tras fecunda ausencia, uno de los trabajos que acaso me han tocado más a lo vivo, es el de un muerto.

Un laborioso profesor dejó entre sus papeles el compendio de historia literaria de mis primeros años, que es la historia misma de las letras en su renacimiento, como dicen algunos de 1900; en su nacimiento, como creen otros, de entonces acá.

No deben escamotearse esas notas tomadas por un testigo que no actuaba sino con su adhesión y su entusiasmo, pero que, por eso mismo, resulta testigo de excepción. Y han de consignarse, no sólo en atención a su memoria y gratitud hacia su hermano que nos las comunica, sino como documento donde encontrarán los jóvenes el punto de partida del derrotero que seguimos.

Las últimas frases de Guillermo Muñoz Medina, reflejan el sentimiento de la juventud de mi tiempo, al creer eclipsada mi estrella.

Yo hubiera deseado que a ese amigo desconocido, a quien sólo tuve la suerte de conocer una vez única, en España, inseparablemente acompañado de su hermano, le hubiese sido dado asistir al fervor con que me acogieron mis compatriotas, en el cual él tenía su parte y del cual le co-

respondía su parte de efusión. Ya que no ha podido ser, que las recobre su fraterno sobreviviente, con mi más íntima emoción.

AUGUSTO d'HALMAR.

Santiago, enero de 1935.

Junto con finalizar el siglo XIX, llegaba yo, muy pequeño todavía, a cursar estudios de Humanidades en un Liceo de esta capital. Marzo tocaba su término y quiso la suerte que me incorporara en el Liceo de Aplicación Práctica—cerrada ya la matrícula, y con exceso de alumnos—merced al predicamento y a la benevolencia de don Domingo Amunátegui Solar.

A pesar de mis cortos años, ya tenía yo fuertes inclinaciones literarias y conocía el nombre de tres o cuatro poetas: Pedro Antonio González, Ricardo Fernández Montalva y Antonio Bórquez Solar.

González, por la poca frecuencia con que publicaba sus versos no era un poeta popular en aquel tiempo; en cambio, Fernández Montalva—hoy olvidado—era ampliamente conocido; era un poeta de salón, el trovador de moda. No podía organizarse una fiesta o velada sin su concurso y sus versos sentimentales, de poeta atormentado y bohemio, eran los preferidos por las damas de la época. Fernández Montalva era un declamador insigne en el decir de los que lo conocieron. Recuerdo un cuadro que reproduce su figura enflaquecida, de rostro pálido y marchito y en el que se le representa recitando «*La vieja canción*» en el taller de Enrique Lynch.

Este poeta estuvo muy ligado, como que fué su fundador, a *La Revista Cómica*, publicación que, por su circulación y su espiritualidad, difundió el gusto por el periódico literario y preparó el camino a las publicaciones de después. En *La Revista Cómica*, se singularizaba a la sazón Bórquez Solar como un poeta de ideas atrevidas y de extraño verbo. Sus estrofas, innovadoras y raras,

eran discutidas con viveza de comentarios, en los corrillos de escritores.

Nunca conocí a González; Fernández Montalva murió por aquellos días y fué para mí un momento de grata sorpresa ser presentado a Bórquez—a quien creía un viejo—en una casa de pensión de la calle de Santa Rosa, casa donde también vivían Marcial Cabrera Guerra, Juan Coronel, los Muñoz Llosa y otros intelectuales que no recuerdo en este instante. Aun tengo presente que Bórquez leía en el momento que estreché su mano, el *Germinal*, de Zola. Por mi excesiva niñez no pude continuar siendo su amigo; pero seguí con interés creciente su jornada de poeta.

Estos tres eran los nombres más pronunciados cuando llegué a Santiago. También se saludaba como una gran esperanza a Diego Dublé Urrutia, que acababa de dar un campanazo de gloria con su libro *Veinte años*.

Era aquella una época de no escasa actividad mental y la juventud que laboraba, rompía briosamente los moldes consagrados y echaba por tierra tradiciones escolásticas. El Arte se hacía individualista y adquiría, poco a poco, alma, fuego.

Como aquel era el tiempo de la prensa literaria, a ella recurrió la juventud cuando buscó tribuna a sus alardes. Los diarios registraban poesías y cuentos. *La Ley* fundó un anexo dominical y *La Tarde* publicó *Los Lunes* para dar espacio a la tarea de los nuevos. Pero esto no fué de ningún modo suficiente y entonces—año 1900—resurgió el Ateneo y se pensó en la Revista.

Don Alfredo Melossi, artista culto y emprendedor, convirtió, en marzo de ese año, la hoja gratis *El Turista*, en la revista *Luz y Sombra*; un grupo animoso dió vida a *Instantáneas* y Marcial Cabrera Guerra lanzó a la luz pública las páginas exquisitas de *Santiago Cómicó*. Dentro de este mismo año de 1900, *Luz y Sombra* se fusionó con *Instantáneas* y la revista de Cabrera se siguió llamando *Pluma y Lápiz*.

El Ateneo y las revistas estimularon poderosamente la producción intelectual en los comienzos de este siglo. Quien más tar-

de escriba la historia del desarrollo de las letras chilenas, no podrá prescindir del material literario acumulado en las revistas ya nombradas, más que por su mérito estético, porque de él partió un soplo de renovación, un movimiento orientador hacia distintos horizontes y porque contiene el germen de concepciones nuevas y de nuevos ideales.

El siglo XX inauguró un período de despertar y de florecimiento para el Arte nacional, un período que se caracteriza por un afán de desprenderse de preocupaciones de escuela y supervivencias románticas; de dejar a un lado lo antiguo, lo trillado y rutinario; de decir adiós a los artificios, a los rebuscamientos, a las afectaciones; de abandonar el viejo punto de vista, común a la generalidad y de considerarlo y de sentirlo todo al través de cada temperamento para dar la nota propia, la sensación personal.

Así, el Arte era empujado hacia el subjetivismo por la juventud que llegaba. El historiador de nuestras letras, no podrá negar más tarde que de *Instantáneas* y de *Pluma y Lápiz* arranca una directiva y una voz de independencia.

Preparado el terreno, 1901 propagó el movimiento. El Ateneo necesitó un hogar más amplio y se trasladó del estrecho recinto en que funcionaba—Alameda entre Estado y Ahumada, Liceo de niñas,—al salón central de la Universidad, entregado ya por la Cámara de Diputados.

Recuerdo perfectamente la velada inaugural. Habló con su acostumbrada elocuencia el presidente de la institución don Santiago Aldunate Bascuñán; en seguida don Paulino Alfonso leyó su trabajo sobre Imperialismo inglés; el poeta Préndez, de figura zorrillesca, recitó un largo poema con aquella su manera campanuda y solemne y, por último, Dublé Urrutia declamó su poesía *El Caracol*, que figura en el volumen *Del mar a la montaña*.

Las sesiones eran frecuentes, organizadas por el entusiasta secretario, el inspirado poeta don Samuel A. Lillo, y en ellas se ofrecía y se pedía la palabra. Me acuerdo que en la segunda se-

sión, después de fatigosas lecturas sobre internacionalismo—el tema del día—pidió la palabra don Bruno Larraín Barra, novelista extrañamente raro y bohemio, de quien ya nadie hace memoria, y leyó con gran éxito el prólogo de su obra *Hipatia*.

Favorable el ambiente para ambas, *Pluma y Lápiz* e *Instantáneas* revolucionaron nuestra literatura. La primera fué cuna de talentos tan brillantes como Miguel Luis Rocuant, Víctor Domingo Silva, Manuel Magallanes Moure, Francisco Contreras, Jerónimo Lagos Lisboa e *Instantáneas* de Augusto G. Thomson, Guillermo Labarca Hubertson, Antonio Orrego Barros e Ignacio Pérez Kallens. Colaboraban también en una y otra revista plumas tan sugestivas como las de Carlos Pezoa Véliz, Carlos R. Mondaca, Ernesto A. Guzmán, Antonio Bórquez Solar.

Entre todos ellos—sin concertarse ni proponérselo deliberadamente—dieron cima a la empresa. Eran estudiosos y trabajadores. Leían autores europeos y americanos y se esforzaban por mantenerse personales y por asociar vocablos expresivos y armoniosos, dentro de fórmulas sintéticas, para comunicarnos lo que pensaban y sentían. Cada uno de ellos, buscaba activamente su camino de Damasco.

*Pluma y Lápiz* e *Instantáneas* tuvieron eficiencia vital para cambiar las cosas y dar al cultivo de la literatura su sentido verdadero. Ambas revistas tenían dieciséis páginas de texto y ofrecían informaciones gráficas de los asuntos de mayor actualidad. Sin embargo, con ser tan reducidos, los dos semanarios desempeñaron a maravilla su misión de depurar el gusto y educarlo.

Una y otra revista, aparecieron, simultáneamente, durante el año 1901 y cabe decir que, de las firmas que subscribían las colaboraciones, la de Thomson alcanzó más que cualquiera de las otras el envidiado privilegio de la notoriedad.

Así como Cabrera lo fué de *Pluma y Lápiz*, Thomson llegó a ser el alma de *Instantáneas*. Su personalidad destacó un relieve vigoroso desde que comenzó a escribir, a los dieciocho años de edad. Sus primeros trabajos, *La brega por el pan*, *Penumbras*,

*Corazones*, no parecen las obras deficientes y tímidas de todo principiante. La galanura de la forma y el contenido de la parte substantiva, promovieron el presentimiento de una individualidad literaria que pronto se hizo superior al cálculo optimista de toda expectativa.

En 1901, el señor Melossi se fué a Europa y quedó Augusto Thomson a cargo de *Instantáneas*. Esta circunstancia permitió que se acentuara su devoción artística y que se hiciera más variada su producción mental. Y así, junto con seguir publicando composiciones de arte puro, Thomson redactó una sección que tituló *Potpourri*, en la cual comentaba los más importantes sucesos semanales y, a fines de año, hacía la crítica de las telas exhibidas en la Exposición anual.

Entre los muchachos que cursábamos Humanidades, Thomson alcanzó una popularidad afectuosa y persistente. A ello, no sólo contribuyó la novedad y la belleza de sus temas, sino también su figura. Muy alto, de cabeza byroniana, de hermosa melena y profundos ojos negros, el mozo era un formidable conquistador de simpatías.

Dotado de facultades extraordinarias y de una vocación irresistible, Thomson trabajó sin descanso en *Instantáneas* por despertar entusiasmos artísticos y hacer propicio el medio a la labor intelectual. No sólo escribía cuentos y comentarios, sino que admirables semblanzas de pintores, poetas y prosistas en una sección a que llamó los veintiuno. En ella se ocupó de Nicanor Plaza, de Luis Orrego Luco, Pedro Antonio y Juan Francisco González, Diego Dublé Urrutia, Ernesto Molina, Emilio Rodríguez Mendoza, Virginio Arias, Alfredo Valenzuela Puelma y otros más que se me escapan.

La juventud, así femenina como masculina, era una asidua lectora de Thomson y una ardiente convencida de sus altos méritos. Admiraba, naturalmente, a todos los que principiaban, pero a él más que a nadie.

Thomson daba ejemplo de laboriosidad intelectual; pero to-

dos estaban poseídos de entusiasmo y de fe. Se sintió la necesidad del Parnasillo y hubo charlas en los talleres de los artistas más en boga. De estos talleres era famoso el de Ernesto Molina, un valioso museo que, a la voz de un martillero, se desbarató en una hora poco después de fallecido su dueño en 1904.

No eran aquellas las únicas reuniones. También se celebraban periódicamente banquetes literarios a que se dió en llamar con un término araucano: machitunes.

Yo seguía con avidez; pero desde lejos el movimiento de la joven intelectualidad y me interesaron aquellos extraños machitunes de los que salían anécdotas curiosas. Se decía, por ejemplo que los asistentes tenían su himno—letra de Préndez y música de Brescia—y que lo cantaban en cada reunión.

Conservo una poesía, atribuída a la musa fácil de Pezoa Véliz, que da una idea de aquellos machitunes. Transcribo algunas estrofas:

Mientras los bardos hablan de Francia  
y los habanos dan su fragancia  
y canta el ruido su agrio run-run,  
en unas cuantas líneas latosas  
pondré pelambres, tipos y cosas  
del Machitún.

Labarca, Thomson y Pérez Kalles  
juntos conversan sobre González,  
el buen pintor.

Dicen que es mucho más que Durero;  
luego prorrumpen: Juana Lucero,  
es un primor.

Don Francisco M. traga la sopa;  
luego una copa; luego otra copa  
de vino... o gin.

Luego porque alguien le crea poeta  
traza en su pálida servilleta  
un sonetín.

Buen mozo y triste como un San Félix,  
por allá sueña Pezoa Véliz  
una noctámbula original.

Bórquez con agrio rencor le nimba  
y aspira el humo de una cachimba  
machitunmal.

Se oye un gruñido por una esquina:  
es la voz de R. Prieto Molina  
que habla de todo como un faquir.  
Dublé conversa, mustio y discreto,  
y a hurtadillas hace un soneto  
sobre Nadir.

Orrego Luco se da importancia;  
cuando saluda con arrogancia  
la izquierda da:

masca un gran trozo de pan de huevo,  
habla con facha de Idilio Nuevo  
y dice Emilio... sobre Zolá.

De pronto larga Paulino Alfonso,  
con voz de tiple largo responso  
sobre el efecto del *sin anis*.

¡Guerra a la horchata, si es con malicia!  
Y dice: el agua es alimenticia  
y no hace gálico en la nariz

.....  
El gordo Préndez, se alza, improvisa...  
y entre la charla y entre la risa  
plagia a un gabacho o a un alemán;  
de pronto grita Cabrera Guerra:  
¡este es un plagio por la gran perra!  
este es un plagio de Pelletán!  
Se habla de Fraga... ¡Pisch! ¡ave rara!  
Brescia coloca *La Salinara*  
sobre el atril

y un bardo alegre, de ojos perversos,  
con voz llorosa lee unos versos  
del melancólico Pedro E. Gil.  
Y en tanto a trozos masca su cena,  
cara de Cristo, gorda melena,  
muestra Volney  
y en una esquila Melossi saca  
versos a un trozo de buena vaca  
o a un pejerrey.  
Una campana las doce acusa.  
Calló la charla, calló la musa  
su agrio run-run.  
¡Vaya unos versos alegres! ¡Vaya!  
un humorismo con que se esplaya  
Un machitún.

Las invitaciones para los machitunces estaban firmadas por Augusto y Manuel Thomson y estos se llevaron a cabo en el restaurant Piamontés de la calle de San Antonio. A estas reuniones mensuales asistían, además de las personas que figuran en la poesía, Virginio Arias, Julio Ditborn, Ernesto Molina, Gustavo Valledor Sánchez, Alejandro Parra, Santiago Pulgar, Samuel A. Lillo, Enrique Lynch, Benjamín Vicuña Subercaseaux, Federico Matas, René Le Sage, Angel Pino y otros.

Ya en 1902 los jóvenes habían adquirido confianza en ellos mismos y pensaban en el libro, es decir, en esferas más amplias y en tribunas más altas. 1902 ha quedado en mis recuerdos como un año de fecunda labor intelectual, labor fomentada por el Ateneo, que ofreció a los novicios la tribuna de Bilbao, prestigiada desde los días del filósofo por el paso de oradores de fuste. Hablar en el Ateneo, era, en aquellos tiempos algo así como consagrarse, como dejar de ser una celebridad de círculo o una gloria de cenáculo.

De los que surgían, quien rompió los fuegos en calidad de

ateneísta fué Thomson. Tuve yo el sentimiento de no asistir al debut del artista predilecto, quien leyó un cuento notable: *El alma del violín*. Por supuesto que la juventud de los Liceos y de la Universidad llenó la sala para aplaudir al literato.

Thomson reveló condiciones oratorias en extremo felices. Su figura predisponía abiertamente en su favor y luego completaba la buena impresión, su voz llena y sonora y lo impecable de su articulación. Se le oía con deleite y, al bajar de la tribuna, venía el aplauso espontáneo y caluroso, como una reacción necesaria y natural.

Después, siguió Thomson hablando con frecuencia en el Ateneo y, aunque dejó de publicarse *Instantáneas*, cada día laboraba cuentos más considerables. De ahí a la novela no había más que un paso y éste fué dado por Thomson en aquel año lejano de 1902. El libro se anunció profusamente en los diarios y por medio de carteles que el mismo autor repartía en el Salón de Bellas Artes y allá, en la Primavera, apareció, publicada por la Imprenta Turín, de don Enrique Piccione. Se llamaba *Juana Lucero*—. Los vicios de Chile y, antes de aparecer, había sido leída a un grupo de escritores selectos, me parece que en el taller de don Juan Francisco González.

Contrariamente a lo que yo pensaba, el libro de Thomson fué recibido en medio de un silencio general. Sólo recuerdo un artículo sobre la novela y en un diario de ocasión. La crítica se calló.

*Juana Lucero* es una novela dolorosa e intensa, la triste odisea de una muchacha huérfana y abandonada. Tiene páginas de ruda crudeza y otras de dulce poesía en un total amargo y melancólico; pero como quiera que sea, se advierte que la novela está trazada por un espíritu noblemente piadoso en quien era muy vivo el sentimiento de solidaridad social. Los diarios callaron; pero la novela fué leída y comentada. Yo sólo pude leerla tres años después, gracias a un ejemplar que me facilitó Ignacio Herrera Sotomayor, amigo y compañero de Thomson.

La suspicacia identificó personajes y no faltaron las anécdotas. Se dijo que la novela era una historia real, que la protagonista era hija de un magnate conocido, que Thomson tenía el retrato de la Lucero y que se había ganado una amenaza de paliza...

Quien sabe que habría sobre el particular; el hecho es que la novela puede filiarse entre las naturalistas y que hacía aparecer inexplicable la rápida evolución de su autor. A pesar de la escasa distancia temporal, había una enorme distancia literaria entre el cuentista y ensayista ingenuo, sencillo y delicado de *El día de la abuelita* y el artífice de *Juana Lucero*. ¿Quién pudo influir en Thomson? ¿Acaso Zola, muerto ese mismo año de 1902? Solo él podría decirlo. Lo que yo puedo agregar es que Thomson leyó después en público un trabajo sobre la muerte del solitario de Medán.

Thomson con sus lecturas del Ateneo y su libro ganaba cada día más y más terreno. El hombre se imponía.

Recuerdo que ese año mi admiración de adolescente colocaba a Thomson por encima de todos los literatos conocidos. En ese tiempo, Thomson se trasladó a una casa de la calle de Echaurren, situada en una esquina fronteriza a la en que yo vivía. Desde la ventana de mi pieza de estudiante de Humanidades, yo expiaba al prosista. Thomson estaba muy poco en su casa. Vivía con la abuelita, de aristocrática figura, y dos de sus hermanas. Más de una vez oí que les ejecutaba al piano y les cantaba trozos de quien sabe qué obras y de quien sabe qué autores.

No sólo Thomson publicó libro ese año de 1902, año de los pactos de mayo y de la Exposición de Enseñanza. Magallanes, publicó *Facetas*; Rocuant, *Brumas*; Contreras, *Raúl*; Guzmán, *Albores*; Gamboa, publicó sus *Poemas*.

Pero nadie llegó como Thomson al corazón de la muchachada estudiantil. El era el predilecto, el que se ponía más de acuerdo con su fondo de ensueños y de vago idealismo. Por eso en 1903, Thomson tenía la suerte de ser envidiado por muchos. Y conste

que cada día surgían nuevos plumarios a la arena de las letras. Pero, justo es decirlo, entre ellos había muchos que no tenían otra cosa que su buena voluntad... Lo más grave del caso era que contaban con revistas para su exhibicionismo. Sin embargo, no impunemente publicaban. La pluma de Pedro E. Gil (Antuco Antúnez)—uno de los escritores más castizos y regocijados que he conocido—los fustigaba sin descanso en la revista de Cabrera Guerra.

El año 1903 fué de elecciones. Don Alfredo Melossi presentó su candidatura a regidor y para hacerle atmósfera, se sacó un periodiquito llamado *El Público*, que costaba dos centavos. Yo y mi hermano comprábamos *El Público* y en seguida nos íbamos a la Quinta Normal y allí nos reíamos a carcajadas con las críticas literarias de Pedro E. Gil...

Thomson era ya toda una personalidad literaria que apasionaba y seducía. El Ateneo siguió siendo su hogar intelectual. Ese año leyó monólogos espléndidos. Recuerdo de entre estos el que llamó *Crimen reflejo*, al estilo de Edgard Poe. Además, leyó cuentos de frases afilegranadas y bellísimos asuntos.

El escritor mantenía el terreno conquistado. Más aún, lo ensanchaba. Su progreso era evidente y su labor más fecunda. Mucho de lo que escribió ese año, lo dió a conocer al siguiente. Recuerdo, en una velada solemne, el monólogo *Nuestra Sombra*. Fué tal la impresión causada por Thomson en el auditorio, que es fama que muchos de los asistentes no durmieron o pasaron mal la noche. El caso se repitió a fines del año. En el aniversario del fallecimiento de Pedro A. González, el 3 de octubre, el Ateneo organizó una velada en honor del poeta. Hablaron varios oradores—Brandau, V. D. Silva, Bórquez Solar—; pero ninguno causó el efecto de Thomson. Su trabajo fué una biografía íntima, una historia de los pesares y de la enfermedad del poeta, escrito y recitado todo con tal sentimiento, que tocó hondamente la sensibilidad de su auditorio. Poco antes había hecho con igual

maestría el panegírico de Isaías Gamboa, muerto en 1904 en un Hospital del Callao, al regresar a su patria y a su hogar.

Siempre he lamentado que el trabajo de Thomson sobre González haya quedado inédito. Algún día espero verlo publicado.

Como se ve, el Ateneo continuaba siendo un tinglado prestigioso de preconización intelectual. Los nuevos habían seguido ocupando su tribuna para ser ungida por el óleo del aplauso público. Víctor Domingo Silva vino expresamente de Valparaíso a recitar en el Ateneo. Tengo muy presente la velada en que lo hizo. Se estrenó recitando en forma oratoria su poema *Lo que me dijeron las espigas*, de índole socialista. Oí decir que después de la velada, los escritores que quedaron en familia, una vez que los profanos se retiraron, obligaron a Silva a escalar nuevamente la tribuna y éste les declamó con el fuego que pone siempre en su palabra *La nueva Marsellesa*.

Aquellos eran otros tiempos, muy distintos a los posteriores en que han llegado al Ateneo poetastros ridículos y prosistas de ínfimo orden.

Silva fué muy bien recibido en Santiago por sus compañeros de arte y por los habituales del Ateneo. Sobre todo los literatos le hicieron objeto de atenciones exquisitas. Thomson reseñó los días santiaguinos del autor de *Hacia allá* en un artículo que escribió en *Chile Ilustrado*, 1905, una primorosa revista mensual que fundó en 1902 la Imprenta Barcelona para patentizar la perfección de sus labores.

Fué por estos años cuando Thomson compuso su admirable *A rodar tierras*, que le oí en el Ateneo y organizó la colonia tolstoyana. Arrastrados por la palabra de Tolstoy, Thomson y varios compañeros se fueron al sur a constituir una especie de Estado comunista en un terreno que les cedió un agricultor. Vivirían unidos por el lazo de un mismo ideal y se alimentarían de los frutos arrancados a la tierra por la diligente actividad de sus manos. Nunca supe quienes compusieron la colonia, ni cuantos eran los asociados. Lo que oí decir fué muy poco: que no se había

producido ningún desacuerdo entre ellos, que habían cultivado la tierra y las letras, que durante las comidas el tolstoyano de turno les leía a los otros y que, a pesar de todo, la colonia había fracasado. Alguien me contó que los colonos se habían quedado en San Bernardo y que no se atrevían a llegar a Santiago por temor de la burla de moros y cristianos. . .

Si mal no recuerdo, la primera obrita que leyó Thomson en Santiago después del fracaso de la colonia fué *Vía Crucis*, que se publicó en un volumen que con título de *Veladas del Ateneo*, dió a luz en 1906 la secretaría de la institución. Pero no se crea, que este trabajo tenga atingencia con la fenecida empresa tolstoyana. No.

En 1904, Thomson colaboró en *Chile Ilustrado* con trocitos tan interesantes como *Cuando la noche llega*, *Un extranjero* y *Los orgullosos*. Al año siguiente escribió en la misma revista *Quiromancia*, su novelita *El amigo íntimo* y *Mamá Dotea*, semblanza de la mujer que tuvo a su cargo la niñez del escritor. Estos personajes familiares fueron evocados y dibujados con cariño por Thomson. Ahí están también *Coilipo*, publicado en *Zig-Zag*, 1905, y *El abuelo d'Halmar*.

Desde 1903 la literatura patria adquirió un vuelo de cóndor. La gente se preocupaba más y más de nuestros escritores. La publicación de libros aumentaba y hay que reconocer que, en gran parte, se debió a Thomson el que nuestro apático público se interesara por la labor de los artistas de la pluma. Thomson removió el sedimento de la frialdad y de la indiferencia y logró despertar interés hacia el movimiento del arte nacional.

Augusto G. Thomson triunfó en un medio reacio al arte puro y promovió grandes entusiasmos en la muchachada que se formaba en los Liceos y que iba a ser dentro de poco el núcleo del gran público. Thomson era así el más eficiente de los obreros jóvenes que preparaban el advenimiento de una época mejor para las letras del país.

Su personalidad de autor era admirada hasta el fetiquismo

por muchos y Thomson respondía a los aplausos con composiciones tan felices, como las que en 1905 y 6 publicó en *Chile ilustrado*, *Zig-Zag*, *El Mercurio* y *Las Ultimas Noticias*, diarios dirigidos por los señores Carlos Silva Vildósola y Joaquín Díaz Garcés.

A esta época pertenecen *Sebastopol*, *Cifras*, *Marinas*, *Alma blanca*, *Las Hojas* y muchas más que acusaban en su autor una consagración infatigable al trabajo.

Recuerdo que en 1906—hace diez años—Thomson en compañía de Santiván cambió su apellido. Fué en una velada inaugural y, por lo tanto, solemne. El presidente se levantó y anunció que haría uso de la palabra sobre el gran Henrik Ibsen, don Augusto Halmar, en el siglo Augusto Thomson. Hubo en los rostros de los asistentes una mueca intraducible.

Si la memoria no me engaña, el último trabajo que Thomson leyó en el Ateneo fué el llamado *Las antiparras del comendador*, publicado después en *Pacífico*. Lo hizo para asociarse a la velada con que se despidió al antiguo presidente don Santiago Aldunate Bascuñán, que se marchaba de Ministro a la Ciudad Eterna.

Puede afirmarse que la actuación de Thomson tuvo una oportunidad incuestionable. Hay escritores que nacen y actúan cuando nadie los necesita. Thomson vino a la vida de las letras cuando se requería en Chile una figura como la de él, que formara ambiente, que encendiera simpatías, que atrayera miradas, que levantara ruido.

La aparición de Thomson tuvo una importancia literaria que después se apreciará. El no se imaginó cuánto se lo quería y se le admiraba. Yo, que estuve entre el público, pude imponerme de la adhesión de todos hacia él. Cuando Thomson hablaba en el Ateneo, el éxito de la velada estaba asegurado. Recuerdo que yo, antes de irme al Liceo, revisaba rápidamente los diarios para ver si había sesión y si hablaba Thomson. Mi alegría era grande cuando leía la noticia que buscaba. En la noche, casi todos los

alumnos de los cursos superiores formaban grupo en galería. Iban atraídos por el encanto de la palabra de Thomson.

A. Thomson todo el mundo le adelantaba un aplauso. Subía lentamente a la tribuna, miraba en silencio al concurso, como reuniendo ideas para improvisar y cuando terminaba, todos batían palmas en su honor.

Thomson no se dió cuenta de la amplitud de su popularidad. Los muchachos le querían entrañablemente, lo tenían poco menos que por un ser superior e inaccesible y le imitaban su modo de recitar y de vestir: chambergo de anchas alas y corbata revolucionaria. ¡Con qué cariño admirativo no le miraban todos en la calle! Y esa semejante admiración tan vehemente y espontánea como la mía misma, muy distante de aquella que nace al calor de la amistad o de la conveniencia.

La labor de Thomson sólo tuvo admiradores. Cierto que ella es dispareja, como que fué influída por diferentes autores; pero así y todo, nunca dejó de ser profunda y delicada. Principió Thomson a escribir sugestionado por la magia de Daudet. El lo confesaba desembozadamente. El primer libro que leyó, a los ocho años de edad, fué *Petit Chose*, libro que tiene su historia. Perdido por él, fué Thomson varios años después a comprar otro ejemplar a una librería de viejo y se le vendió el mismo de antaño, intacta aun la firma temblorosa y vacilante. Este episodio lo refirió en un cuento a la manera de Anders, publicado por *Zig-Zag*. En seguida leyó *Jack*, *El Nabab*, *Safo*, *Tartarín* y los demás. Tres años seguidos, recordó a Daudet en el aniversario de su muerte.

Al ponerme hoy a escribir, decía en el último de estos artículos publicado en *Pluma y Lápiz*, del 21 de diciembre de 1902, he recibido una carta y su fecha ha despertado un recuerdo que me ha hecho levantar los ojos. Entre tantas fotografías y dibujos que alegran mi cuarto de trabajo, está ahí, en sitio preferente, orlado de hojas secas, el retrato del maestro Daudet.

«¡16 de diciembre!... Sí, hoy es el aniversario triste; hoy,

hace cinco años, al caer de una tarde, me senté en la Alameda con los ojos llenos de lágrimas; porque entonces era todavía un niño y sabía llorar. Acababa de leer que, allá lejos, en ese París de todos mis sueños, había muerto el más seductor de los artistas que hicieron mi infancia soñadora y reflexiva».

En este artículo se refiere Thomson a las diversas influencias recibidas por él con posterioridad a la de Alfonso Daudet. «No, nunca más podré escribir aquellos acentos cándidos, desmadejados; pero bellos, decía, con el encanto de lo que no tiene más realidad que el sentimiento».

Después de Daudet, lo influyeron Andersen, Tolstoy, Ibsen, Wilde y otros célebres escritores; pero nunca se despersonalizó. Es que Thomson era un temperamento demasiado acentuado y sabía conservar lo que formaba, el fundamento de su individualidad literaria.

Sus composiciones se destacaban por la sencillez de la forma y la profundidad de sus ideas. No era el escritor superficial que agrupa caprichosamente figuras y desenlaza argumentos, sino el que observa, inquiere y analiza. Frente a la vida y a la naturaleza, su pupila penetrante buscaba significados ocultos, relaciones inadvertidas, poderes misteriosos. Sus cuentos eran más filosóficos que dramáticos. Había en ellos más frialdad de análisis que calor de emoción. Parecía que Thomson atendía más a la génesis, a la explicación de los hechos mismos, más a las causas que a los efectos, más a las premisas que a la conclusión. Ninguno de sus personajes vivió en el cuento una existencia incolora; todos eran almas que vivían hondamente y cumplían una misión social y humana que daba a la narración un sabor que seducía.

Su prosa, aunque no siempre correcta, era sencilla y natural sin los rebuscamientos e hinchazones en boga; pero como ya se ha dicho, llena de color y sentido. Su influencia en este terreno fué también efectiva y para notarla, hay que leer obras anteriores y posteriores a la suya.

Pero no debe haber crítica en estos recuerdos desaliñados y que acaso a nadie interesen.

Mi objeto es sólo hacer recuerdos de un período que llega hasta 1907, porque ese año se fué Thomson del país. El gobierno lo designó cónsul en Calcuta (India) y un buen día partió rumbo a los lejanos horizontes exóticos. Mucho tiempo después se supo que el clima de la India no le probaba bien y que se le trasladaba al Perú. Mientras tanto, como los muertos que se enfrían de prisa, el recuerdo del ausente se borraba en esta capital. Bien es cierto que Thomson poco se preocupó de mantenerlo. Muy de tarde en tarde se leía algo suyo en *Zig-Zag*, trocitos que nadie sino él podía trazar y que el artista más encumbrado no desdenaría subscribir. Pero esto no bastaba ni con mucho a sostener el edificio de su popularidad.

Su libro *La lámpara en el molino*, casi nada dijo de nuevo a los que conocíamos la obra del prosista. Lo que nos produjo alegría fué la noticia de su paso por Chile. Volvía después de diez años. Muchos ya no se acordaban de él y muchos no lo conocían; pero esto no nos pareció suficiente para que se le recibiera con cierta frialdad, casi con indiferencia.

La sesión con que lo festejó el Ateneo congregó mucho público; pero ya no era el que antes lo saludaba con manifestaciones de entusiasmo jubiloso. De aquellos estudiantes de antaño que lo aplaudían desde las partes altas del salón, no asistía ninguno. Sólo mi hermano Carlos y yo estábamos presentes. Nuestro anhelo de ver a Thomson—al que volvía para nosotros como un querido hermano mayor—era enorme y cuando lo vimos entrar, con su rostro atormentado y la hermosa cabellera entrecana, pasó por nosotros una sensación indefinible, algo sin nombre, mezcla de alegría, de pena, de sorpresa. Cuando subió a la tribuna y oímos su voz llena y sonora, nos pareció vivir de nuevo aquellos días de colegio, tan hermosos y risueños, cuanto más lejanos.

Los dos creímos notar que no había en los aplausos de ahora la admiración que había en los de ayer y luego en el vestíbulo

universitario, terminada la sesión, nos percatamos de cuán nuevo era Thomson para la generación de 1916.

Un joven—al parecer estudiante—le preguntó a un amigo—¿cómo se llama el que habló ahora último? El otro pensó un momento y luego dijo:—Creo que se llama Augusto Thomson.—Lo mismo que si me dijeras Juan de Dios Inostroza, le contestó el otro, haciendo un chiste que nos pareció una estupidez.—Parece que ha viajado mucho, agregó el primero, por lo que dijo en su trabajo y barajó entre otras cosas un comentario tonto. Nosotros aguardamos la salida del escritor y regresamos indignados.

Los muchachos de ayer, ya no conocían al escritor que tanto había brillado diez años antes y que había iluminado tantas almas con la gloria de su arte...

Santiago, 1916.

Encontrado en 1935 entre los papeles de don Guillermo Muñoz Medina.

